

NUM. XXI

JUAN JACOBO MEDICIS.

(1498-1555.)

Juan Jacobo, llamado el Medeghino, había nacido en Milan, en 1498, de Bernardo de los Médicis y de Cecilia Serbelloni. Su padre, mas rico en prole que en dinero, adornó con las letras humanas el entendimiento de su hijo, el cual leyendo las alabanzas prodigadas á los asesinos romanos, llamados héroes, se propuso imitarlos; culpa, ni la primera ni la última, de aquellos que encomian á los destructores de los hombres. Entró Juan Jacobo en el mundo en una época « en que (traduzco las palabras de Ericio del Pozo) (1), la voluntad individual era ley. La juventud del agitado imperio, fecunda en intrigas y disoluta, se insolentaba, armaba tumultos, hacía fuerza: los magistrados, depuesto el amor de la patria y de la virtud, no se cuidaban mas que de sus propios negocios, abusaban de la justicia, siendo condescendientes con los malos, graves con los acusados: el dinero lo conseguía todo: la virtud y el ingenio servían de ludibrio, los buenos eran odiados: era la nobleza cruel, impía, intolerable: la ambición, la avaricia, el antojo ocupaban el lugar de la ley: el derecho se veía escarnecido: hacíase obsceno mercado público de matronas y doncellas; y en caso de resistirse, se empleaba la fuerza. » Viendo, pues, el Medeghino dividido el mundo entre opresores y oprimidos, se decidió por los primeros, y teniendo apenas diez y seis años, con *varonil venganza* (2) mató á un enemigo: funesto preludio de una carrera de sangre y de ira. Buscado para aplicarle el castigo, se refugió en el oficio de las armas, y sin que fuesen freno para él las dificultades ni la conciencia, en un tiempo que era audaz sinónimo de bueno, adquirió renombre.

El deslinde de las fronteras no había devuelto la paz á la Lombardia, y mucho menos al territorio comarcano. Antonio, apellidado el Loco de Brinzio, tierra del lago de Como, malvado de

(1) *Historia cisalpina*, l. I.
(2) Palabras del mismo.

agreste estirpe, de ejecucion pronta, perseguía con una cuadrilla de bravos á los partidarios de Francia, capturaba, robaba, tenía á los hijos en rehenes, y luego, una vez recibido el rescate, los mataba, refinando el ingenio en la invencion de los suplicios. Muchos, especialmente de Torno y de Menaggio, tomando por su mano la venganza que la ley desatendía, y estimulados en secreto por el mariscal Trivulzio, que pretendía para su castillo de Musso el dominio de las Tres Parroquias, como llaman las últimas tierras del lago, cogieron al Loco y le dieron muerte; ejecutando lo mismo, seis días despues, con el otro capitán de bandoleros Pelosio de Sala. Pero Juan, hijo del Loco, malvado de profesion, que había hecho la guerra como simple soldado, bajo los Venecianos, reunió la banda de su padre, y so pretexto de vengarse, saqueó mas de dos años el lago, renovando todos los excesos del Loco. Ayudado por las tres Ligas grisonas, se reía de la fuerza y de la astucia empleadas para cogerle, y la cosa iba de mal en peor, hasta que al cabo de mucho tiempo se consiguió exterminar á los malsines subalternos, pero no al jefe. Este, viendo pregonada su cabeza por 400 escudos, para no pagar caras sus maldades, marchóse á continuarlas en el Trevisano. Los Menagginos sorprendieron tambien en su guarida y ahorcaron á otro jefe de bandidos, llamado Gisbello de Val Porlezza, que los había estado asolando durante quince años. Perdido, pues, todo espíritu público, toda virtud generosa, los historiadores tienen que llenar sus páginas con miserias, con fútiles pompas, con delitos, única herencia que legaron á Italia los malos gobiernos extranjeros.

Juan Jacobo Médicis fué amigo y vengador del Loco, carísimo á Jerónimo Morone, y trabajó mucho á fin de reponer en el ducado á Francisco Esforcia: entró en Milan con los primeros soldados de Carlos V, donde se vengó de su destierro; combatiendo luego á orillas del Lario, venció á menudo á los Franceses, y se hizo muchos amigos y enemigos. Peleó en los alrededores del castillo de Musso, se libró de

manos del enemigo, y pareciéndole que la suerte le sonreía, formó el proyecto de adquirir la alcaidía del fuerte. Con esta esperanza, fué á pedirla á Milan, en premio de sus muchos servicios. Pero se le dieron largas, hasta que el duque, decidido á aprovechar, como los demás señores de la época, las traiciones que le podían reportar ventajas, le hizo entender que de él dependía adquirir aquella fortaleza, con solo borrar del número de los vivos á monseñor Astor Visconte, caballero milanés de gran nombre, cuya popularidad é ingenio suscitaban temores de que intentase algun movimiento para restaurar la antigua grandeza de su casa. Juan Jacobo lo ejecutó al pié de la letra; pero viéndose el duque aborrecido porque dejaba impune el asesinato de Astor, trató de deshacerse de aquel. Le envió, pues, al castellano de Musso, con orden de entregarle el castillo; pero en secreto le previno que le matase. Médicis, receloso como todos los de su calaña, abrió la carta y vió el peligro que corría; mas sin asustarse por esto, falsificó una orden ducal al castellano, mandándole que se presentase inmediatamente en Milan, y entregara á Juan Jacobo la fortaleza (1). El engaño le salió bien, se posesionó del castillo, y aparentó no saber nada de las intenciones del duque, quien, por su parte, conoció que le convenía cerrar los ojos. ¡Tanta era entonces la lealtad de los príncipes y de los particulares!

En la cima de un áspero promontorio del lago de Como, dominando la aldea de Musso, se eleva aquel castillo, que llaman de Santa Eufemia, y cuya natural defensa consiste en tres hileras de rocas inaccesibles y por detras enormes pedruscos. La torre de en medio pertenece á tiempos anteriores á la tradicion. Entre ella y el lago construyeron los Visconti un castillo cuadrado, para defensa y sujecion de los países vencidos. Cuando lo tuvo el mariscal Trivulzio, como la artillería había cambiado el método de hacer la guerra, levantó junto al lago y al principio de la pendiente un baluarte, para colocar las bombardas, y cerró con una muralla ambas fortalezas. Médicis halló sin concluir estas obras, las terminó, y dificultó el paso en los pocos sitios por donde era posible; abrió hácia el monte un foso, llenándolo de zarzas y agudos picos; dispuso almenas, garitas, troneras, todo con tal solidez que aquel lugar, fuerte por naturaleza, llegó á ser inexpugnable, siempre que no faltasen agua y provisiones. Hasta las mujeres trabajaron en las obras, animadas por el ejemplo de Clarina y Margarita, hermanas de Médicis: Clarina se casó despues con Wolfgang Teodorico Sittich, señor de Altemps, y Margarita con el conde Giberto Borromeo, de cuyo matrimonio nació San Carlos.

Allí, pues, reunió Médicis un pueblo de ban-

(1) Así lo cuentan. Pero ¿es creíble que se le confiase una carta tan importante? ¿Cómo pudo falsificar la letra ducal un hombre que escribía tan groseramente, como lo he visto por sus firmas?

didós, acogiendo á cuantos querían asilo y paga, sin pararse en si eran mejores ó peores. En la fortaleza todo se volvía preparativos bélicos. Donde quiera ruido de armas, sonido de pifanos y tambores; quién aprende á montar á caballo, quién hace cartuchos, quién balas, quién tira al blanco; y para enseñar á aquel populacho el arte difícil y tan necesario de obedecer, tenía un consejo de togados, dirigido por el integérrimo Juan Antonio de Nava, que administrase justicia. Contaba tambien con experimentados capitanes y artifices, bastando nombrar á Agustín Ramelli de Pontetresa, maquinista de gran fama, que inventó ó simplificó muchas máquinas para levantar el agua, los puentes y los pesos (1).

Juan Jacobo trató de captarse la voluntad de Esforcia con algun importante servicio, y este consistió en oponerse á los Grisones, que dejaban su áspero suelo natal por la primavera del cielo italiano, adonde los invitaba el rey Francisco I de Francia á prodigar su sangre por una causa extranjera. Juan Jacobo echó á pique ó se apoderó de todas las naves, de modo que se vieron precisados á costear el lago y entrar en el Bergamasco, acosados sin tregua por Juan Jacobo. Este, despues, para obligarlos á retroceder, atacó las Tres Parroquias, donde tenía conocimientos, y proclamando libertad, recorrió el valle de Chiavenna, seguido de la ruina y el ultraje. El gobierno acudió al peligro enviando contra Médicis tropas al mando de Diegano Salis, que si bien contuvieron las insolentes correrías de Juan Jacobo, no pudieron arrancarle cuanto había ya ocupado. Dirigiéronse, pues, al duque, y este, deseando hacérselos amigos, los confirmó en todas sus posesiones y les restituyó las barcas que les había quitado Médicis, con tal que ofreciesen no volver á hostilizar el Milanesado. Sin embargo, Médicis, cuidándose poco del convenio, conservó, á viva fuerza, el territorio de las Tres Parroquias.

Al poco tiempo renovó el rey Francisco sus hostilidades contra el ducado, y los Grisones, luego que les sonrió algo la fortuna, quebrantaron la fe jurada, tomaron de nuevo las armas contra el Milanesado, y con grandes promesas y la confianza en los socorros y en el dinero de Francia, procuraron atraerse al Medeghino. Pero este había sido ganado antes por el duque, quien, posponiendo el odio á la ventaja, le señaló un estipendio y el perpétuo gobierno de Musso, del lago, de la Valsassina y de Chiavenna, si lograba apoderarse de todos estos puntos. Fué aplicar espuelas á un buen caballo; pero era, cuanto importante, arduo ocupar el castillo de Chiavenna, el cual, dominando los caminos que desembocan de la Spluga y de la Pregalia, es antemural contra los Grisones.

(1) Imprimió en francés y en italiano *Las varias y artificiosas máquinas* (Paris, 1588), con noventa y cinco hermosas láminas, obra dedicada á Médicis. Sirvió despues á los Franceses, y murió en el sitio de la Rochela.

Algunos quieren atribuir á los Galos la construcción de aquel castillo, parte del cual se extiende por la llanura, como para custodiar el pueblo; y la otra parte, llamada el Paraíso, está sobre la cima de una escarpada roca, que ciñen un doble muro y el Mera, y es solo accesible por una estrecha senda y una larga escalera abiertas en la piedra viva, y fáciles de guardar por unos pocos. Era, pues, imposible tomarlo á la fuerza, y así el Medeghino recurrió á la astucia, y encargó la empresa á Mattiolo Riccio de Dongo, uno de los mas valientes entre los suyos. Este y una partida de bravos de toda confianza se colocaron con mucho secreto dentro del primer muro que rodeaba la senda ántes descrita, donde casualmente el rio tenia abierta una brecha, y allí estuvieron esperando en el rigor de una noche de invierno, muertos de frio, pero reanimados por el valor. Era tarde ya cuando Wolf Silvestri, castellano grison, volvía de un banquete, en Chiavenna. Los bravos se le echaron encima, exigiéndole con el cuchillo á la garganta que les dijese el santo y seña para bajar al puente. El hombre resistía, prefiriendo la muerte á hacer traición á los suyos; pero un niño que traía consigo, asustado por el ruido de las armas y por las amenazas, empezó á gritar y á llamar á su madre, la cual acercándose é imponiéndose del peligro que corrían sus caras prendas, hizo bajar el puente. Penetrando de este modo los bravos, permanecieron sin meter ruido. Al otro día, que era festivo, los principales del país fueron á visitar al castellano, como de costumbre, y entraron uno, dos, tres, hasta veinte sin que saliese nadie. Por fin hubo alguno que divisó en las almenas gente de distintas armas, y concibiendo sospechas, tocaron alarma y empezó el combate. Pero los soldados de Médicis resistieron bien, hasta que llegó el mismo Juan Jacobo, sirviéndose de los prisioneros como de rehenes, y se apoderó de Chiavenna, recorrió la Pregalia y concedió el botín á los soldados, nueva excitación á la guerra. La toma de Chiavenna costó á Médicis un fusilazo, que le impidió poder ser en adelante padre.

Le ayudó en aquella empresa Gerardo, conde de Arco y gobernador de Como, con quien concertó conquistar la Valtellina. Sin perder tiempo entró y ocupó á Delebio y Morbegno; pero apenas se hubo retirado, Juan Travers, gobernador del valle, cayó sobre el conde de Arco con las milicias rurales y le obligó á soltar la presa. Por otra parte los Grisones, aunque en el rigor del mes de enero, marchaban á recobrar á Chiavenna; pero conociendo que nada harían sin tropas regulares, mandaron orden á los suyos que militaban con los Franceses para que volviesen, pues la primera victoria era conservar lo adquirido. Y este fué el mayor servicio que Médicis prestó á Esforcia; pues con la partida de dichas tropas empeoró tanto la causa del rey Francisco que en la famosa batalla de Pavia fué derrotado y co-

gido prisionero, *perdiendo todo menos el honor*. Poco debió, de consiguiente, importarle que la victoria sonriera á los Grisones en la Valtellina, de donde expulsaron á los partidarios del duque, y en Chiavenna, que recobraron. También el castillo, despues de resistirse bastante, se entregó al fin, con buenas condiciones, la víspera de la batalla de Pavia, y los Grisones hicieron llevar á la Pregalia la artillería y dismantelar la fortaleza, como los demas castillos y ciudades amuralladas de la Valtellina. Quedaron, sin embargo, á Médicis las Tres Parroquias, y ganando parciales á fuerza de dádivas, se dedicó al oficio de corsario, apresó naves, cobró rescates cuantiosos, y atento á extender su dominio, se apoderó de Porlezza y la Valsassina.

Entretanto cayó gravemente enfermo Francisco Esforcia, y temiéndose que muriese, se tramó el dar sus Estados á su hermano Maximiliano, para que no recayesen en Carlos V, odioso á los principes por su creciente poder, y á los pueblos por su desenfrenada soldadesca; pero entendiéndolo el marques de Pescara, ocupó á Milan en nombre del emperador, y puso también en Como, á invitación de los habitantes, una guarnición española, mandada por el capitán Pedro Árias. Así perdió Esforcia el Estado.

Médicis no se habia doblegado á los Españoles, ántes bien usaba con ellos obras de león y de zorra, y todo le salía á pedir de boca. Una vez fingió que habia partido á un largo viaje, y envió á aquellos uno de los suyos, el cual les ofreció entregarles el castillo. Los Españoles le creyeron y mandaron á algunos en su compañía; de los cuales se apoderó Juan Jacobo, ahorcándolos con befa. Deponiendo entónces toda máscara, se puso á favorecer abiertamente la Liga Santa, y desahogó su ira contra Como, amiga, ó mejor dicho, esclava de los Cesáreos. Muy débiles eran las providencias que se tomaban para impedirselo, y así, recorriendo en ligeras naves el lago, robaba y aprisionaba á todos los que le venían á mano, extendiéndose hasta Vico de Como. Por tierra ganó el castillo de Monguzzo, cerca del Pian d'Erba, y puso en él á su hermano Bautista, así como en Cívello á un desterrado de Como, Luis Borserio, que ejercían las mayores atrocidades. En seguida él, al frente de cuatro mil hombres, sacados los mas de Lugano, Bellinzona y Chiavenna, tomó á Cantú, ocupó los principales puntos de la Brianza, cuyos castillejos estaban dominados por feudatarios, y corrió hasta los fuertes de Brivio y de Trezzo en el Adda, que los Españoles guarnecieron diligentemente. Estos, mientras Juan Jacobo se preparaba á socorrer á Milan, le derrotaron completamente en Carate, junto al Lambro; sin embargo de lo cual conservó todas sus posesiones.

No menos que los enemigos perjudicaban á Como sus defensores, lobos custodios del rebaño, que chupaban la sangre á ciudadanos y

campesinos, y que, además de los alimentos, que costaban al Comun 100 escudos de oro diarios, robaban trigo, licores, telas. Si quedaba alguna cosa, se la llevaban los comandantes, violentos exactores de las cargas públicas (1); de modo que, para saciar la codicia de los Españoles, fué preciso vender no solo los bienes de los ausentes, sino los de los presentes, encerrándose en las cárceles á muchos nobles, y hasta señoras, por no poder pagar los impuestos. Inspiraba también recelo la fuerza de Como, que en las pasadas guerras se habia mostrado mas ó menos capaz de resistir; así, so pretexto de que Médicis pudiera ocuparlos, se demolieron muchos castillos, y hasta el de Baradello, donde habia escolta y provisiones de comida y de armas, fué demolido de orden de Léiva, destruyendo con gran trabajo las fortificaciones, los aposentos, la capilla de San Nicolas, y dejando apenas la torre, que, en medio de los escombros, recuerda aun cuándo fué restaurado y cuándo destruido aquel edificio. Interrumpido luego todo comercio con el lago, cerrado el puerto para preservarse de la escuadra medica que mandaba Francisco del Matto, la penuria era mayor cada día, todo se volvian llantos y quejas, miseria y muerte.

Requeríase algo mas que los débiles esfuerzos de los cesáreos para reprimir al terrible Juan Jacobo. Era este de mediana estatura, pero bien formado; tenia el pecho ancho, el rostro blanco y risueño, la mirada dulce y penetrante, el discurso persuasivo; vestía poco mejor que un soldado; hablaba milanés, y esto, unido á sus maneras soldadescas, le hacia muy popular: era estricto observador de la disciplina, audaz en imaginar, pronto en llevar á cabo las empresas, enemigo de la paz y de los placeres voluptuosos, soldado de á pié ó capitán segun era preciso, amado y respetado á un tiempo de sus súbditos, feroz, cruel, inflexible con los enemigos y con los que dejaban de cumplir sus órdenes.

Sitió á Lecco en 1528, y aunque tuvo que desistir de su empeño, por la llegada de los que acudieron á socorrerla, sin embargo, los de la Liga Santa, conociendo su valor, procuraron atraerle á su partido, y lo consiguieron: así pues, convertidas en rojas las cruces blancas, pasó del servicio del duque al del emperador; se le dió la investidura del castillo de Musso, con título de marques, y además el dominio del lago, desde Nesso arriba, y á Lecco, con título de conde. Para ejercer por completo los derechos de la soberanía, hizo acuñar moneda en sus Estados, siendo no mas reprehensible en esto que los republicanos y los reyes de en-

tónces, todos falsarios legales del dinero (1). Léiva, siempre escaso de recursos, los pedía al Medeghino, y este le ofrecía grandes sumas de dinero, si le daba en prenda á Como, faltando poco para obtenerla. Á fin de consolidar su dominio en las Tres Parroquias, reforzó la torre de Olonio, y especialmente la suya de Musso, y despues salió á piratear por el lago, mientras que Bonserio saqueaba la campiña. Su escuadra se componía de siete naves de tres velas y cuarenta y ocho remos, provistas de bombardas que disparaban balas de cuarenta libras, y además muchos barcos ligeros. Tenia reservado para sí un bergantin de gran cabida, con los mejores remeros, y entre estos algunos fusileros; á su bordo dominaba Médicis el lago, aunque soplasen los vientos mas contrarios, y en él flotaba la bandera de las bolas de oro en campo raso; el mismo bergantin, con el mote *Salva, Domine, vigilantes*, habia sido elegido por él como emblema.

Y como la virtud se ve á menudo obligada á postrarse ante el delito y á pedir que se le permita servirle de apoyo, se consideraba feliz el que adquiría la amistad del Medeghino; por el contrario ¡ay del que excitaba su encono! Testigo de ello Polidoro Boldoni de Bellano, el cual, habiéndole pedido Juan Jacobo una hermana en matrimonio, contestó que no queria alianza ni parentesco con rebeldes y ladrones; respuesta que le valió la muerte de casi toda su familia (2).

Los dueños del mundo tuvieron al fin piedad de la Lombardia, arruinada sin ningun beneficio; y celebraron la paz (1629) obligándose Carlos V á restituir el ducado á Francisco Esforcia, mediante el pago de 900,000 ducados de oro, garantizados con la ocupacion, por parte del emperador, de Como y el castillo de Milan. Pero Médicis, negándose á obedecer al duque, poderoso en oro, hombres y delitos, extendía cada vez mas sus ambiciosos designios. Su cuñado, el conde de Altemps, le tomaba á sueldo tropas en Alemania; estaba en tratos con Borromeo para obtener á Arona, y poner

(1) Algunas de las monedas de Juan Jacobo publicó Bellati en su obra titulada: *Disertacion sobre varias monedas antiguas*, Milan, 1775. Carli publicó una de cobre pequeña, que tenia en un lado la cabeza é inscripcion. 10. 1A. DE MÉDICIS. M. MUSSI. †, y en el otro el Lario, con una nave. En el bando del conde de Lautrec se nombran las monedas de Musso, esto es, los testones de 16 1/2 s., los grosos de 9 y de 5 1/2 s. Las de Lecco fueron impresas por Argellati. *De monetis Italiae, appendix ad par. 3, pág. 74. V. CARLI, De las monedas de Italia*. Otra mayor tiene á un lado el águila con una bolsa y al rededor el nombre; en el reverso una cruz, y en torno *Marchio Mussi Co. Leuci*. Otra de plata tiene la barca con el sol naciente, y el mote *Salva, Domine, vigilantes*. Otra á Médicis á caballo y el nombre; en el reverso el arma con el yelmo, y *Marchio Mussi Co. Leuci*. Cuando Gonzaga, sabiendo por Caravecca el santo y seña, sorprendió á Lecco, hizo acuñar otra de cobre plateado, donde se ve, á un lado, F. F., y al otro *Jo. M. M. Le. Ob. 1531*; esto es, *fidés fracta*. — *Jo. Jacobus Medicus marchio Leuci obsidit*. Otra tiene las mismas palabras y además un águila sobre una bolsa, y al lado una X; en el reverso una cruz, y en sus cuatro ángulos las letras IX TE.

(2) BOLDONI, ep. 39.

(1) Un cronista escribia: « El país está arruinado por las tropas y por el hambre; y he visto personas, al ir á arrancar yerba para comer, caer al suelo y morir extenuadas. Rogad, pues, al Todopoderoso que nos libre de tal situacion, y de las manos de los extranjeros. »

así el pié en el Lago Mayor; poseía ya una fortaleza en Valsolda, barcas en el lago de Lugano, conocimientos en Bellinzona; tenía fijos los ojos en la Levantina; pensaba formar alianza defensiva con los Suizos, y como el mas osado alcanzaba mas, en la discordia de pareceres esperaba lograr para sí el ducado de Milan.

Dedicado á realizar este sueño, y orgulloso ya con la mera esperanza, empezó por la empresa de la Valtellina, disponiendo su pensamiento á los engaños. Procuró hacer obispo de Coira á Juan Angelo, su hermano, entonces arcipreste de Mazzo, y despues papa, bajo el nombre de Pio IV; pero entrever los Grisones su intencion y hacerla abortar, fué todo uno. Envió luego á uno de sus amigos, el cual, echándola de peregrino, se estableció en la Rasega, lugar mas allá de Tirano, donde, con piadosas palabras, como traidor que era, persuadió á los pueblos á la devocion hácia San Roque, y los indujo á poner los cimientos, segun decia, de una iglesia, que debia convertirse en fortaleza. Fascinados por la supersticion, daban los Valtellineses oro y manos para construir el castillo, pero, descubierta al fin la trama, las obras se demolieron, y el falso peregrino salvó á duras penas su cabeza.

Recurriendo entonces Juan Jacobo á la fuerza abierta, tomó á sueldo Alemanes, Españoles, caudillos que se habian quedado sin paga á consecuencia de la paz, hombres todos acostumbrados á despreciar las leyes, con tal de satisfacer su deseo, y al frente de ellos desembarcó en la Valtellina, donde sostenido por sus amigos, y en especial por los frailes, se apoderó de Morbegno, dispersó las tropas de los Grisones, mató á Juan de Mármora, gobernador del valle, y á los valientes Martin Traverso y Dietegano Salis, y anunció con tono triunfal á todos los príncipes tan señalada victoria. Como decia que obraba de acuerdo con el duque, los Grisones enviaron á este un embajador que averiguase la verdad; pero el Medeghino le hizo asesinar en una emboscada. Quedaron entonces convencidos los Grisones de las bravatas del marques, hasta que un enviado de Esforcia les impuso de lo que pasaba, asegurándoles que el duque, en vez de tener parte en la empresa, los invitaba á ayudarle contra aquel audaz rebelde, prometiéndoles 30,000 reneses si recobraba cuanto poseía ántes de la guerra. Impidió además que llegasen hasta Médicis los socorros que esperaba, y llamó á los Españoles que le servian, y que, viendo la cosa mal parada, obedecieron fácilmente. El Medeghino substituyó en su lugar valientes laiguistas, y continuó obstinado, aunque se habian puesto á un precio muy subido su cabeza y las de sus hermanos.

Pero el cielo se oscurecia. Por un lado marchaban doce mil Grisones, por el otro las tropas de tierra del duque al mando de Juan Bautista Speziano, y las de mar al mando de Luis Vesta-

rino; mientras que Alejandro Gonzaga, duque de Mantua, se dirigia contra Monguzzo y los demas castillos mediterráneos, que sometió. Médicis, que jamas habia creído quisiesen los ultramontanos á su costa la guerra, disimuló su sorpresa, y rechazado de la Valtellina, reunió los suyos en Mandello, y en las aguas de Menaggio empeñó el combate con la escuadra ducal; pero aunque mostró un valor digno de mejor causa, llevó la peor parte. Entretanto los Retos y los Suizos, sobreponiéndose con el número al valor de los mediceos, se adelantaron á las Tres Parroquias, y sitiaron el castillo de Musso, arrastrando con inmenso trabajo las piezas de artillería á aquella inaccesible roca. Pero vuelve en su auxilio Médicis, á quien no desanima la mala fortuna, y seguido de los mas esforzados, por sendas conocidas solo á él y á las cabras, se sitúa sobre la montaña, precipita en el lago las bombardas de los Grisones, desbarata á los sitiadores, y en el ardor de la victoria los desaloja de Bellagio, de Varena, de Bellano; despues se traslada á Lecco, donde no solamente frustra los esfuerzos de Gonzaga, sino que, aprovechando la ocasion, penetra de noche en su campamento, le coge prisionero y en Malgrato alcanza sobre las tropas del duque una insigne victoria.

Pero habia perdido á Francisco del Matto, jóven temerario; á Borserio, su brazo principal, y lo que mas le dolió, á su hermano Gabriel; por todo lo cual, desanimado, faltándole tambien dinero, y quizá cansado de luchar entre las esperanzas y los temores de su ambicion, trató de recoger velas. Primero se ofreció á Francisco de Francia, diciéndole que estaba á sus órdenes para cuanto le necesitase, pues le podria ser muy útil si volvía á Italia; pero aquel no quiso volver, aunque muchos le exhortaron que no desperdiciase la ocasion. En vista de esto, Médicis acudió á Carlos V y á Fernando, pidiendo buenas condiciones: y ambos instaron tanto á Gonzaga que el duque estipuló con Juan Jacobo lo siguiente: el marques restituiria las fortalezas de Musso y Lecco, recibiendo en cambio 35,000 escudos de oro y un señorío por valor de 1,000 ducados al año; Gonzaga renunciaria toda reclamacion ulterior para siempre, y trasportaria á su costa los cañones y demas arneses militares del Medeghino.

En marzo de 1532, aquel famoso aventurero, á cuyo orgullo se resistia obedecer un solo instante allí donde se acostumbraba gobernar con un movimiento de ojos, zarpaba de su Musso. Pero, apénas batieron los remos el agua, cuando, volviéndose á mirar su asilo de tantos años, divisó á los Grisones, que se precipitaban impacientes á demolerlo. Á tal vista no pudo contenerse, y sintiendo renacer en su corazon todo su antiguo brio, hace que le bajen á tierra, desbanda aquella chusma, y lleno de ira les ordena respetar su nido, á lo ménos hasta que esté léjos de aquellos lugares. Inmediata-

mente cesaron los martillos, y cuando Médicis estuvo fuera de alcance, se empezó de nuevo la obra de demolicion: las ruinas, empero, vastas y sólidas, como una construccion romana, permanecieron largo tiempo, cual espectáculo de terror para los navegantes, que señalándolas desde léjos con el dedo, referian los sucesos de que habia sido teatro. Hoy existe aun, y en el centro intacta la pequeña iglesia de Santa Eufemia, que permaneció firme entre tantos desastres, como el alma del justo en medio de las tempestades de la vida.

Este aventurero, á quien ni por la fuerza de las armas, ni por las artes del engaño, pudieron domeñar el duque, los Grisones, el rey de Francia ni Carlos V, dueño de média Europa y de la América, prueba hasta la evidencia la debilidad de los gobiernos de entonces, y nos trae á la memoria á Ali, bajá de Janina, que resistió invicto en nuestros días á todo el poder de los Turcos.

Juan Jacobo, titulado marques de Marignano, se puso al servicio del duque de Saboya: el marques del Basto, que tenia con él cierta rencilla antigua, halló un pretexto para prenderle; pero los príncipes y reyes escribieron tanto en su favor que se le dió libertad. Pasó de allí á España, donde Carlos V le acogió perfectamente, y le invitó á reprimir á los ciudadanos de Gante, que se habian sublevado. Se trasladó á Hungría en socorro del rey Fernando, y contra Flándes, que combatia por su libertad; fué hasta virey de Bohemia en las guerras de religion; siempre, en una palabra, ministro de la tiranía. Nombrado luego general de la liga de los Médicis florentinos, del papa y el emperador contra la libertad toscana, multiplicó los hor-

rores de aquella guerra; y á él en parte se debe que hoy el viajero mire aun con dolor la vasta soledad, en torno de la florida Siena. Entonces se inventaron genealogías para probar que era del mismo tronco que los duques de Florencia; pero él podia decir, como Napoleon: *Mi noblezza principia conmigo.*

En el Elba y el Tibisco no olvidó sus antiguos proyectos, y despues de 1547 escribió á Carlos V, induciéndole á conquistar la Valtellina, y ofreciendo al emperador anticipar la mitad de los gastos y el 10 por 100 de la otra mitad, con tal que le entregase en féudo aquel territorio. Pero Carlos no le dió oido. Se casó en Milan con Marcia Orsina, hija del conde de Pitigliano; y cuando murió, el 8 de octubre de 1555, el Senado se vistió de luto, depositándosele con gran pompa en la metropolitana, donde se admira el mausoleo erigido á él y á su hermano Gabriel, segun el diseño de Miguel Ángel y bajo la direccion de Leon Leoni Arentino, cuyo coste fué de 7,800 escudos. El que lo mira, no puede ménos de meditar sobre las miserables empresas en que tuvieron que ocuparse el valor y la perseverancia italiana (1).

(1) Marco Antonio Missaglia escribió la *Vida de Juan Jacobo Médicis, marques de Marignano, valerosísimo é invictísimo capitán general, etc.* (Milan, 1603), con arreglo á memorias que le dejó su padre, secretario de Francisco II Esforcia. Ercio del Pozzo (Dupuys), en su mencionada *Historia cisalpina*, quiere mostrarnos en él un héroe; á esta historia va adjunto un libro de Galeazzo Capella, *De bello mussiano*. Véase tambien á Sprecher, libro IV, á Quadrio, dis. 7, § 3, á Rebuschini y á Jovio. Tambien dió su historia Gabriel Chiabrera, publicada solamente en estos últimos años (Génova, 1826). El primer libro escrito en lengua grisona es un poema de la guerra de Musso, obra de Juan Travers que habia servido en ella en calidad de gobernador de la Valtellina.